

Revista de la CEPAL

Director

RAUL PREBISCH

Secretario Técnico

ADOLFO GURRIERI

Editor

GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

SANTIAGO DE CHILE / SEGUNDO SEMESTRE DE 1978

SUMARIO

La ambivalencia del agro latinoamericano <i>Enrique V. Iglesias</i>	7
Acumulación y creatividad <i>Celso Furtado</i>	19
Falsos dilemas y opciones reales en la discusión latinoamericana actual <i>Aníbal Pinto</i>	27
La evolución económica en Centroamérica <i>Gert Rosenthal</i>	47
La actitud de los Estados Unidos hacia la CEPAL <i>David H. Pollock</i>	59
Proteccionismo y Desarrollo <i>Pedro I. Mendive</i>	87
Estructura socioeconómica y crisis del sistema <i>Raúl Prebisch</i>	167
Notas y Comentarios	265
30 años de la CEPAL	281

Acumulación y creatividad*

*Celso Furtado***

Excedente y creatividad son dos componentes fundamentales del desarrollo que mantienen relaciones complejas e interdependientes. Si todo nuevo excedente amplía el horizonte vital y requiere respuestas creativas e innovadoras, éstas necesitan del excedente como medio material imprescindible de su realización. Sin embargo, toda cultura impone límites al despliegue de la creatividad, los que son coherentes con el proceso de reproducción de la sociedad en la cual aquélla se inserta; los límites de la creatividad propia de la cultura surgida de la revolución burguesa están fijados por el predominio de la racionalidad instrumental, por la progresiva subordinación de todas las formas creativas, en especial la ciencia y el arte, al proceso de acumulación.

Después de analizar en general las consecuencias de estos límites sobre las posibilidades creativas del hombre, el autor se concentra en el proceso de creación de nuevas relaciones sociales impulsado por el mecanismo de la acumulación. Esas nuevas relaciones sociales, cuya creación requiere la savia de la activación política, adquieren distintas formas según la modalidad que adopta el desarrollo, de donde derivan variadas constricciones a la creatividad social.

*Del libro *Acumulação, Creatividade, Dependência num Mundo Unificado*, de próxima aparición.

**Profesor en la Universidad de París.

Sean cuales sean las antinomias que se presenten entre las diversas visiones de la historia que surgen en una sociedad, el proceso de cambio social que llamamos desarrollo adquiere cierta nitidez cuando se pone en relación con la idea de creatividad. Tan sólo para reproducir sus estructuras tradicionales, las sociedades necesitan medios de defensa y de adaptación cuya eficacia refleja la capacidad de sus miembros para formular hipótesis, solucionar problemas y tomar decisiones ante la incertidumbre. Pues bien, el surgimiento de un excedente adicional, consecuencia del contacto con otras agrupaciones humanas, o simplemente del acceso a recursos naturales más generosos, abre a los miembros de una sociedad un horizonte de opciones; ya no se trata de reproducir lo que existe y ese espacio intermedio entre el ser y la nada al cual se refirió un filósofo sino de ampliar el campo de lo inmediatamente posible, dentro del cual se concretan las potencialidades humanas. Por lo tanto, el nuevo excedente constituye un desafío a la inventiva. Desde otro ángulo de observación, no puede dejar de decirse que, si en todas partes las agrupaciones humanas se empeñan en tener acceso a un nuevo excedente, es porque la vida social crea una energía potencial cuya liberación exige medios adicionales. En su doble dimensión de fuerza generadora de nuevo excedente y de impulso creador de nuevos valores culturales, dicho proceso liberador de energías humanas constituye la fuente última de lo que entendemos por desarrollo.

La maravillosa gama de culturas hasta ahora surgidas sobre la tierra testimonian la fabulosa potencialidad de la inventiva humana. Si algo sabemos del proceso de creatividad cultural es precisamente que las potencialidades del hombre son insondables: niveles de acumulación que en la actualidad nos parecen extremadamente bajos generaron civilizaciones que, en muchos aspectos, aún no fueron superadas. También sabemos que esa creatividad actúa dentro de un

espacio discontinuo que se amplía abruptamente y que tiende a saturarse. Todo sucede como si el mensaje inicial contuviera un programa al cual se ciñe el futuro comportamiento del proceso creativo. Que la tragedia griega haya surgido y evolucionado en menos de un siglo hasta alcanzar su expresión definitiva, jamás superada —como lo observa con convicción ese apasionado traductor de Sófocles que fue Hegel—, es una indicación de que una determinada cultura puede atravesar periodos de frenética creatividad. El teatro, al permitir a los griegos profundizar en su identidad cultural, penetrar en las raíces míticas del subconsciente colectivo, enriqueció sus vidas en el plano de la visión del mundo y del conocimiento de sí mismos. Heródoto, que se ganaba el pan de cada día recitando en la plaza pública capítulos de la historia de las guerras médicas —como historiador luchó contra el chauvinismo de los griegos y trató de inducirlos a conocer el rico patrimonio cultural de los 'bárbaros'— constituye un maravilloso ejemplo del surgimiento de la conciencia crítica en una cultura.

Aun cuando poco sabemos acerca de las leyes de la creatividad cultural, existe amplia evidencia de que el campo de lo posible es, en lo que respecta a dicha creatividad, más vasto de lo que nos inclinamos a pensar, influidos como estamos por tradiciones religiosas y filosóficas. En lo que respecta a los conflictos morales inherentes a la condición humana, una comparación, por superficial que sea, entre la filosofía griega, de tan profunda influencia en la formación del hombre moderno —esencialmente orientada hacia la observación del mundo sensible— y la filosofía hindú, orientada hacia la experiencia subjetiva, bastaría para darnos una idea de la amplitud del horizonte dentro del cual se mueve la creatividad del hombre. Sin embargo,

dicho movimiento no es errático: lo esencial de la actividad creadora se desenvuelve, como sugerimos, en el ámbito del espacio estructurado. La sociedad, ante todo, se reproduce, y al hacerlo asegura su coherencia en el plano cultural. La dialéctica de la innovación encuentra allí límites de los cuales sólo excepcionalmente se libera.

En la cultura surgida de la revolución burguesa, la racionalidad es uno de esos moldes o estructuras implícitas que ordenan y someten a la creatividad. Se ha fijado una importante línea demarcatoria destinada a diferenciar la creatividad relacionada con los *medios* de la actividad social y la creatividad relacionada con los *finés* de la acción humana. Dicha bifurcación de la racionalidad —el dualismo cartesiano es una de sus primeras y más claras manifestaciones—, se origina muy probablemente en la coexistencia de dos sistemas culturales, el feudal y el burgués, en el proceso formativo de la civilización europea moderna. Gracias a ella, las energías creadoras pudieron ser progresivamente canalizadas y puestas al servicio del desarrollo de las fuerzas productivas. La historia de la civilización industrial no es otra cosa que la crónica del avance de la técnica, es decir, de la subordinación creciente de todas las formas de actividad creadora a la racionalidad instrumental.

De este modo, la investigación científica fue puesta progresivamente al servicio de la creación técnica, que a su vez sirve para buscar la mayor eficiencia del trabajo humano. Sin embargo, durante mucho tiempo dicha investigación había constituido una aventura superior del espíritu —expresión de ese 'espíritu absoluto' que para Hegel se manifestaba a través de las formas de la experiencia artística, religiosa y filosófica—, respuesta al anhelo del hombre de com-

prender y conocer mejor al mundo sensible y a sí mismo. Como dicho conocimiento del mundo sensible es la *conditio sine qua non* para que el hombre transforme el mundo en que vive, y por lo tanto para que pueda continuar llevando adelante el proceso de acumulación, es natural que la ciencia haya alcanzado posiciones predominantes en la cultura surgida de la revolución burguesa. Sin embargo, en la medida en que se transforma en una actividad ancilar de la técnica, se reduce su alcance en cuanto experiencia humana fundamental. Algo similar sucede con la creatividad artística, colocada progresivamente al servicio del proceso de diversificación del consumo.

Los impulsos más fundamentales del hombre, creados por la necesidad de auto-identificarse y de situarse en el universo —impulsos que constituyen la matriz de la reflexión filosófica, de la meditación mística, de la creación artística y de la investigación científica básica—, fueron subordinados, de una u otra forma, al proceso de transformación del mundo físico exigido por la acumulación. Se atrofiaron los vínculos entre la creatividad y la vida humana concebida como fin en sí misma, y se hipertrofiaron sus vinculaciones con los instrumentos que el hombre utiliza para transformar al mundo. Al afirmar que la ciencia, *en virtud de su propio método* y de sus propios conceptos, proyectó y promovió un universo en el cual la dominación de la naturaleza se mantuvo ligada a la dominación del hombre, Marcuse iluminó un importante aspecto de dicho tema, pero contribuyó también a dar una imagen distorsionada de la ciencia. Esta es una manifestación de la creatividad que sólo puede entenderse plenamente cuando está inserta en su contexto cultural. Los métodos que utiliza —y que muchas veces se apartan del modelo que trazan los epistemó-

logos— no son totalmente independientes de los problemas que aborda y de la forma cómo los hombres de ciencia perciben la realidad.

En la economía capitalista, el proceso de acumulación marcha sobre dos pies: la innovación, que permite discriminar entre consumidores, y la difusión, que lleva a homogeneizar ciertas formas de consumo. Al consumidor le cabe un papel esencialmente pasivo; su *racionalidad* sólo consiste en responder 'correctamente' a cada estímulo al cual se le somete. Las innovaciones apuntan hacia un mayor nivel de gastos, que es la nota que distingue al consumidor privilegiado. Sin embargo, el patrón inicialmente restrictivo, deberá ser superado y difundido, para que el mercado crezca en todas sus dimensiones. Las leyes de dicho crecimiento condicionan la creatividad.

Todo objeto de uso final que no procede directamente de la naturaleza es fruto de la invención humana, es un *objeto de arte*. Su finalidad consiste en enriquecer la existencia de los hombres; quien construye su propia vivienda ocupa su ingenio para crearse un ambiente que haga más interesante su vida. Otro tanto puede decirse respecto de la vestimenta, de los alimentos, en fin, de todo lo que sirve como expresión inmediata a la personalidad humana. Si dichos objetos se adquieren en el mercado, la participación del individuo en la orientación de la propia vida se reduce a un mínimo, o adopta la forma de simple mimetismo social. Disminuyen las posibilidades de crear algo para sí mismo o dentro del marco de las relaciones personales: la vida como proyecto original tiende a ser sustituida por un proceso de adaptación a los estímulos externos. El individuo podrá reunir en torno de sí un sinnúmero de objetos, pero su participación en la invención de los mismos

habrá sido nula. Los objetos que adquiere y sustituye en cualquier momento pueden proporcionarle *confort*, pero carecen de una vinculación más profunda con su personalidad. La producción de tales objetos está subordinada al proceso de acumulación, que encuentra en la homogeneidad de los patrones de consumo un poderoso expediente. Algunos de estos objetos serán extraordinariamente 'sofisticados', pero sin embargo poco durables, puesto que la intensidad de la innovación tiene como contrapartida la rapidez de la obsolescencia. La comprensión del funcionamiento exacto de tales objetos requiere un nivel de conocimientos tan elevado que su usuario corriente los considerará objetos misteriosos. Además, en su mayoría, dichos objetos de consumo se conciben en función de su posterior difusión, aun cuando en modelos menos dispendiosos. De esta manera, un conjunto de normas derivadas del proceso de acumulación se sobrepone a la actividad creadora en su expresión más universal, que es la invención del estilo de vida de una sociedad.

No se trata de postular la existencia de un sujeto trascendental, anterior a toda realidad social; lo que importa es identificar el espacio dentro del cual se ejerce la creatividad, concebida en su sentido amplio de invención de la cultura. Lo que llamamos proceso de *secularización* no constituye una 'maduración' natural de los espíritus, como piensan H. Cox y otros idealizadores de la Tecnópolis. La secularización es una de las manifestaciones —en el plano de la visión del mundo— de la subordinación de la actividad inventiva del hombre a los *medios*. En la medida en que la creatividad se pone al servicio del proceso de acumulación, los medios tienden a ser considerados como fines, provocando la ilusión de que todo avance

de la 'racionalidad' en la esfera económica contribuye a liberar o a 'desalienar' al hombre. Sin embargo, dicho progreso no se traduce necesariamente en una reducción del ámbito de lo irracional en la vida social, puesto que el hombre común no está en condiciones de *entender* los artefactos que se ponen a su disposición, ni tampoco su visión del mundo, alimentada como está por los medios de comunicación, y menos poblada de elementos míticos que en épocas anteriores.

En líneas generales, todas las formas que asume la creatividad humana pueden ponerse al servicio del proceso de acumulación. Sin embargo, aquellas cuyos resultados son acumulativos por naturaleza —como la ciencia y la tecnología—, son las que mejor satisfacen las exigencias de dicho proceso, lo que les da derecho al lugar privilegiado que ocupan en la civilización industrial. *Mutatis mutandis*, sin la subordinación de la ciencia y la tecnología al proceso de acumulación, éste jamás habría alcanzado la rapidez que lo caracteriza en dicha civilización. La convergencia entre ambos efectos hace que las energías creadoras del hombre tiendan a canalizarse hacia áreas circunscritas y progresivamente subordinadas a la lógica de los medios.

Puesta al servicio de la acumulación, y orientada hacia la producción de resultados acumulativos, la creatividad llega a conocer una fabulosa expansión y da origen a una civilización en la cual los hombres, durante una fracción de sus vidas, están expuestos a un número mayor de innovaciones que todas las conocidas por la humanidad a lo largo de su historia. Sin embargo, dicho frenesí creador se ejerce en un espacio delimitado por la racionalidad formal: dentro del mismo el hombre existe principal-

mente como objeto susceptible de ser *analizado*, condicionado, programado. La creación no acumulativa —por su naturaleza más dependiente de la conciencia de valores finales— tendió a disminuir en ese contexto cultural dominado por una percepción fragmentaria del hombre. Así, en el mundo artístico, la tendencia a subordinar los fines a los medios llevó a sustituir la visión global ligada al concepto de estilo por la percepción analítica que llevó al concepto de lenguaje. Lenguajes formalizados en una terminología analítica adaptada de las matemáticas invadieron los manuales de composición musical. Una concepción de la investigación inspirada en el reduccionismo científico tendió a ocupar cada vez más espacio en las academias de arte. Por otro lado, las creaciones artísticas de épocas pretéritas fueron aisladas de su contexto, desvinculadas del espíritu de la época que las produjo, según las exigencias de los procesos de difusión comercial.

Quizá haya sido el romanticismo la última visión global del hombre surgida del mundo occidental. Dicha visión proyecta una personalidad que asume valerosamente el propio destino, al mismo tiempo que busca mantenerse en armonía con la naturaleza. En su *Ifigenia*, Goethe, al invertir el espíritu de la tragedia de Eurípides y sobreponer la creatura humana a las fuerzas trascendentes del destino, hace de la obra primera del clasicismo el vector de aquella nueva imagen del hombre que durante un siglo definiría el rumbo de la creatividad artística en Europa.

Las formas sociales constituyen una esfera de la creación cultural en la cual es particularmente difícil establecer una línea demarcatoria entre fines y medios. La invención de nuevos tipos de asociación entre los miembros de una sociedad y la

institucionalización de las relaciones (de cooperación o de conflicto) entre los individuos, constituyen la expresión de la capacidad inventiva del hombre en su más noble forma. Así, en la evolución del capitalismo moderno, la invención de la sociedad anónima —institución, por parte de un grupo de personas naturales, de una entidad con personalidad autónoma y de vida indefinida— significó una auténtica mutación. La invención de la huelga —esa institución *sui generis* que hace posible el uso controlado de la violencia fuera del Estado— no constituye una mutación de alcance menor que la anterior. Expresión superior de la *vida política*, la creación de nuevas formas sociales es inseparable de un sistema de valores. Pues bien, en ningún otro campo tienen mayor importancia los aspectos operativos. La actividad política puede estar directamente al servicio de los medios: una nueva ley de sociedades anónimas destinada a facilitar la concentración de capital, una ley de patentes, etc. Además puede contribuir al aumento del poder administrativo, el cual, mediante la reglamentación de las leyes, tiende a sobreponerse al poder político. Sin embargo, en la vida social, nada es más indicativo de la canalización de las fuerzas creadoras hacia los *fines* que la existencia de actividad política.

Precisamente en este campo, las sociedades surgidas de la revolución burguesa revelaron excepcionales posibilidades. El proceso de acumulación opera como elemento propulsor de un sistema de fuerzas sociales de gran complejidad. Si en el plano de la civilización material la creatividad puede referirse a relaciones de causa y efecto, en el de las formas sociales se hace necesario proyectarla sobre el telón de fondo de las antinomias y contradicciones inherentes a la vida social. Los avances y retrocesos de un proceso de acumulación de dirección descentralizada

se proyectan en la estructura social bajo la forma de antagonismos y favorecen la toma de conciencia de grupos y de clases. El pluralismo institucional de esas sociedades encuentra allí sus raíces. La activación política es condición necesaria para que se manifieste la creatividad en el plano institucional, es decir, para que las formas sociales se innoven de tal manera que permitan reducir las tensiones generadas por la acumulación. Es preciso no perder de vista que la acumulación es inseparable de las transformaciones sociales, puesto que se apoya en la innovación. Una simple mirada a la evolución del derecho comercial pone en evidencia que la invención de nuevas formas sociales desempeña un importante papel en el proceso de acumulación, canalizando así energías que de otro modo habrían provocado fuertes rupturas. Sin embargo, eso no impediría que la ampliación de los canales de la acumulación —la posibilidad de crear grandes unidades productivas— llevase a la formación de grandes conglomerados de trabajadores con intereses comunes, lo que abriría las puertas a nuevas formas de acción política. El fuego cruzado de la competencia y la lucha de clases —alimentada esta última por la creciente escasez relativa de la mano de obra— engendra un complejo sistema de arbitraje y una cantidad de leyes y normas cuya sola actualización exige una compleja actividad política. Junto con el pluralismo ideológico —fuente de la intensa actividad política que caracteriza a las sociedades capitalistas— operan superideologías de función esencialmente moderadora. El 'nacionalismo', la 'seguridad nacional', la 'defensa de la familia' o de la 'civilización cristiana', constituyen ejemplos de esas 'superideologías' que se invocan por sobre la estructura de clases con el fin de imponer una mayor disciplina social, o frenar un proceso de cambio que amenaza intereses que ya no encuentran

su legitimidad dentro del marco del pluralismo ideológico.

En las sociedades donde la difusión de la civilización industrial se apoya sobre un rígido control social y una planificación centralizada de las actividades económicas, la acumulación debería ceñirse a un proyecto social explícitamente definido (intereses de la masa trabajadora, eliminación del atraso en relación con las sociedades capitalistas). Los antagonismos sociales irían disminuyendo en la medida en que surgiese una "sociedad sin clases". Conforme a la profecía sansimoniana retomada por Marx, "el gobierno de los hombres sería sustituido por la administración de las cosas". Tras esa doctrina está la idea de que la actividad política se confunde con las luchas por el control del Estado y con el ejercicio del poder por parte de éste. La construcción de nuevas formas sociales, requeridas por una sociedad donde se genera cada vez más excedente, se asimila a la administración de las cosas, relegada al poder administrativo. Los conflictos sociales no serían más que la expresión de las luchas producidas por la apropiación desigual del excedente, el reflejo de la explotación del hombre por el hombre. Sin embargo, si también los fines pueden crear antinomias en la vida social, el campo de la actividad política es mucho más amplio y más permanente. Sucede que los antagonismos surgen antes de lo que se pensaba, aunque con nuevas formas, por el simple hecho de que el sistema de incentivos lleva a reproducir las formas de comportamiento que se creían propias de la sociedad capitalista. Al no existir un espacio político en el cual puedan manifestarse los antagonismos que van haciéndose conscientes, tienden a aparecer formas subrepticias de actividades políticas, que muchas veces llevan a disipar las energías creadoras. Además, si los antagonismos no se canalizan en el plano local o sectorial, la confrontación tiende

a asumir la forma de una ruptura con el sistema en su totalidad, esterilizándose en cuanto fuente generadora de invención cultural. La experiencia histórica de esos países constituye un caso extremo del enrarecimiento de la actividad política. Bajo la tutela de un poder burocrático centralizado, las formas sociales tienden a anquilosarse, transformándose finalmente en obstáculo para el proceso mismo de la acumulación. Por otra parte, la pasividad a la cual se reduce la población se refleja en la disminución de la iniciativa en todos los planos en los cuales los individuos ejercen una actividad creadora. En síntesis, el vaciamiento de la actividad política engendra el nihilismo, y no la liberación del hombre.

En los lugares donde el trasplante de la civilización industrial se realiza en un marco de dependencia, las antinomias sociales engendradas por la aceleración de la acumulación llevan a situaciones que tienen su propia especificidad. En el caso del trasplante indirecto —es decir, mediante la exportación de productos primarios— la acumulación en el plano del sistema productivo es de poca monta, lo que significa que la masa de la población se mantiene dentro de los límites del sistema tradicional de dominación social. Incluso la esclavitud puede conservarse por mucho tiempo al servicio de la producción de materias primas, dentro del marco del sistema de división internacional del trabajo. La actividad política en este caso se reduce a confrontaciones entre grupos que se dividen el excedente, sobre todo entre aquellos que ejercen una tutela sobre la masa trabajadora mediante el control del acceso a la tierra y los que controlan los canales de comercialización y tienen acceso directo a los centros metropolitanos de poder.

Las situaciones de ese tipo producen caricaturas de los regímenes políticos

creados por un auténtico dinamismo social. De esta manera, el siglo XIX conoció formas de pluralismo partidario que operaban dentro de elaborados sistemas parlamentarios en países cuya población trabajadora permanecía en la esclavitud o en condiciones peores aún. Era poca la creatividad que en estos casos exigía el desarrollo institucional, lo que no significa que las instituciones transplantadas no tuviesen valor alguno para la evolución de las formas sociales. En la fase de aceleración de la acumulación —de industrialización dependiente— se plantean problemas de mayor significación. Las estructuras sociales se ven afectadas por las insuficiencias de la acumulación con relación a las técnicas adoptadas. Se mantiene la heterogeneidad tecnológica, y con ella se conserva y tiende a incrementarse la elasticidad de la oferta de mano de obra. En un sentido objetivo, dicho tipo de acumulación crea antinomias sociales más graves que las que caracterizaron el desarrollo del capitalismo en los países que conocieron la revolución burguesa. Sin embargo, sus proyecciones en el plano político están lejos de tener la misma importancia. De una o de otra forma, se mantiene un sistema de tutela de la masa de la población: la participación en el proceso político de la masa asalariada se hace bajo el control de grupos que integran la estructura tradicional de poder. Dislocaciones ocasionales de dicha estructura llevan al surgimiento de liderazgos 'populistas' cuyos excesos conducen a purgas de autoritarismo. Es cierto que tanto por la vía populista como por la vía autoritaria penetran reformas estructurales o renovaciones institucionales, a veces de real alcance. Sin embargo, tales reformas, incluso cuando corresponden a necesidades del proceso de acumulación, se alimentan más del mimetismo cultural que de una auténtica creatividad política. Ahora, dada la especificidad que plantea